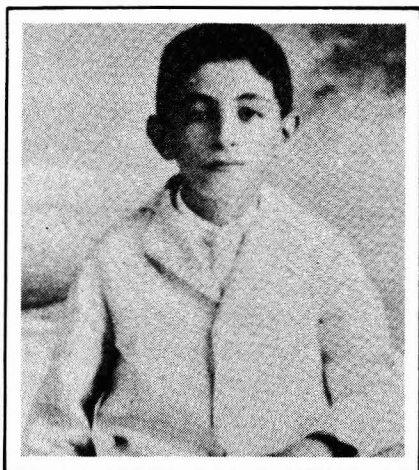


Andrés Iduarte y José Vasconcelos: Crónicas de infancia



Andrés Iduarte, 1917



Vasconcelos en 1904

Al proyectar un escrito que hiciera confluir las autobiografías infantiles de Andrés Iduarte y José Vasconcelos no recordaba las líneas en que tanto Mariano Picón-Salas como Gastón García Cantú colocaban al tabasqueño y al autor del *Ulises criollo* en los extremos de la literatura memorialística mexicana. En realidad, al repasar aquellas anotaciones, caí en la cuenta de que Iduarte y Vasconcelos, desde perspectivas sumamente distintas, con una experiencia interior desigual, pero situados al momento de escribir en periodos de la historia no muy distantes, compartían un complejo núcleo de afinidades, concentradas sobre todo en la limpieza de estilo y la gran expresividad de su lenguaje. De forma subyacente, hay también, y mi participación aquí se referirá a ello, una crítica de la historia de los primeros tres decenios de este siglo mexicano.

Una de las sensaciones infantiles más sinceras y contundentes es el miedo. En muchas páginas de *Un niño en la Revolución Mexicana* y de *El mundo sonriente*, las obras de Andrés Iduarte que contienen sus reminiscencias de la niñez, el miedo aparece en abundantes formas: la incertidumbre sobre la verdadera identidad, el temor al despojo, el asombro ante las cabalgatas de los revolucionarios carrancistas, la desconfianza frente a los terribles ojos de los peones de la gleba, el odio a su maestro Chon Pelota, el desprecio pasajero pero encarnizado al mundo indígena.

Iduarte nació en 1907 y conoció su tierra natal por el nombre de San Juan Bautista, precisamente en una casa de la loma de la Encarnación. Desde ahí, bajando hasta el centro de la Villa, se forjó el niño Andrés la imagen de un mundo vertical, donde en las alturas había un ángel de la guarda y abajo, en las baldosas negras del corredor de su casa, círculos de brujos que él mismo dibujaba temerario antes de salir corriendo hacia el regazo de su abuela. Oyó hablar de una ascendencia linajuda, en que convivieron sobre todo políticos, abogados (Rodolfo Brito, su tío, fue el más influyente en el Estado durante el gobierno de don Porfirio), rancheros y espiritistas. Tan sólo el padre de Andrés fue monaguillo, porfirista anticlerical, masón y profesor de positivismo. A su vez, el niño nunca visitó con asiduidad la iglesia. Jugaba con tres muñecos:

Maximiliano, Miramón y Mejía. Empezaba a cultivar, gracias a diversas tradiciones orales de la familia, un sentimiento especial hacia Porfirio Díaz, cuyo retrato conservó sobre su escritorio hasta el último año en que cursó preparatoria.

Sobre estas confusas combinaciones, saber quién se era, descifrar la propia identidad en el Tabasco de principios de siglo era preguntar por el color de la piel. La blancura, la rubiedad, el azul de los ojos eran los signos que definían las situaciones sociales. Según Iduarte: "la preocupación primera no era la de ser nobles: era la de ser blancos, la de no ser indios, la de descender de los amos en tierra de conquista. En Tabasco y Campeche, antes de la Revolución, cualquiera prefería ser de la Isla Tortuga que de Chichen Itzá... Eran los tiempos en que nadie quería ser indio, comenzando por don Porfirio Díaz, a quien casi logró blanquear doña Carmelita Romero Rubio y quien ya no parecía hijo de doña Petronila Mori."

No obstante la complicada situación genealógica, el heterogéneo entramado que sostenía las tradiciones y creencias familiares le proporcionaron al niño Andrés el privilegio de conocer un mundo múltiple, de una espiritualidad generosísima, un ambiente particularmente inclinado a la observación de la lealtad. Una casa del Trópico que albergaba libros de Comte, Spencer y Lombroso.

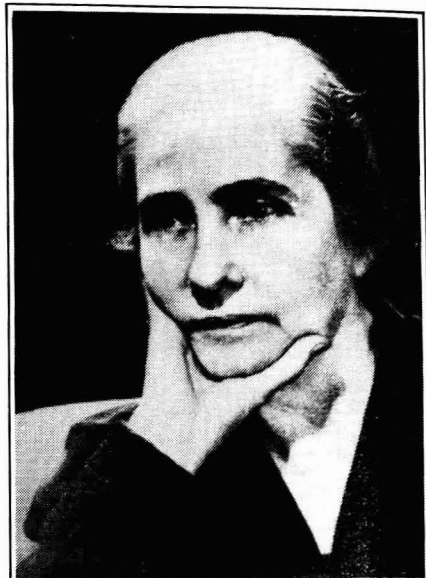
La tabasqueñidad le exigió a Andrés Iduarte dejar de tener miedo. Para 1914, cuando percibe de cerca el estallido revolucionario, el niño Andrés ya sabía que el valor era lo máspreciado. "En Tabasco sólo tenía cabida el hombre decidido." El prudente era candidato al desprecio eterno y, más todavía, a la misma muerte. Porque en Tabasco el cobarde no vivía, no sobrevivía. "Si no quiere usted morir como hombre, lo mato como a un conejo; era frase frecuente en los labios del tabasqueño culto e inculto. El contrincante de un tabasqueño tenía que aceptar la tragedia como mandato del sino."

La furia y el coraje se desataron cuando arribaron los tiempos broncos. El 31 de agosto del 14, la familia Iduarte y todos los miembros del clan Foucher tuvieron que iniciar un exilio que los llevaría a Campeche y a Yucatán. Toda la familia, por su apariencia física, posición social y vinculaciones políticas estaba considerada contrarrevolucionaria.

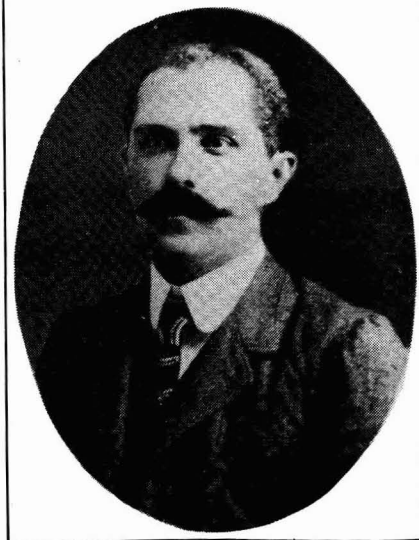
El sentimiento de despojo y pérdida acentuó en el niño la sensibilidad para percibir, por un lado, la rectitud, la honestidad y el honor; por otro, la agudeza para detectar la doblez, la indecencia y la vileza. Hacia 1918, ya de regreso en Tabasco, durante el quinto año del colegio, Andrés conoce por primera vez el acoso feroz de la crítica. Su profesor, apodado Chon Pelota, lo señalaba ante toda la clase con una palabra que habría de permanecer para siempre en sus oídos: reaccionario. Para Iduarte, como para muchos de nuestros escritores políticos, el aturdimiento que provocaron las insensateces de la Revolución fue el punto de partida para elaborar consciente –o a veces inconscientemente– un sistema ético, un plan moral, un programa ideológico. En esos años, el niño, desde su visión vertical de la historia, con el bien y el mal como polos de su perspectiva vital, se aceptó reaccionario. La reacción y el porfirismo eran lo bueno; la Revolución, lo malo. Por supuesto que los enemigos de Andrés Iduarte Alfaro y Figueroa, padre de nuestro escritor, tomaban la sobriedad, la honradez y la blancura para tachar a cualquiera de reaccionario.

El desencanto ante los resultados de la atroz revuelta civil, que en otros cristalizaría como un redoblado cinismo, se transformó en Andrés Iduarte en un sentimiento, una necesidad, una búsqueda mesiánica de justicia que lo hizo rechazar las farsas revolucionarias. En la capital del país, al escuchar a sus condiscípulos del Colegio Mexicano, pudo darse cuenta de que el arribismo era moneda corriente entre los hijos de las familias triunfadoras. Camino a su casa, al terminar las clases, veía Iduarte las residencias de la colonia Roma, las mansiones que antes habían sido de familias de bien, convertidas ahora en palacetes de generales y licenciados, con sus jardines vigilados por guardaespaldas.

La nostalgia del pasado decente del porfiriato, el rechazo al nuevo orden revolucionario que sancionaba la corrupción, el beligerante anhelo igualitario se mezclaron en una toma de posición que inició a Iduarte en la cultura política. Para él, "todos seguían siendo pícaros y crueles, y ahora podía colgarles el calificativo de traidores. Yo



Adela Foucher, madre de Iduarte, 1948



Andrés Iduarte Alfaro y Figueroa

no podía ser revolucionario, ni cruel, ni traidor. Yo era reaccionario porque quería que todos los hombres fueran iguales, que comieran y vistieran igual, y que los que mandaran fueran hombres cultos, honrados y leales como mi padre... Ese era mi reaccionarismo, eso creía yo que era ser reaccionario... Por odio a la corrupción política que yo veía desde mi colegio, y a la sangre, que me había impresionado, sobre todo con la muerte de Carranza, yo negaba la Revolución y la hacía responsable de todos los crímenes. En este revoltijo –concluye Iduarte– sólo me quedaba un concepto verdaderamente reaccionario: la estimación desmesurada por la raza blanca, el caucismo, el arianismo que atribuye al indio, base de la población nacional, todos los defectos.”

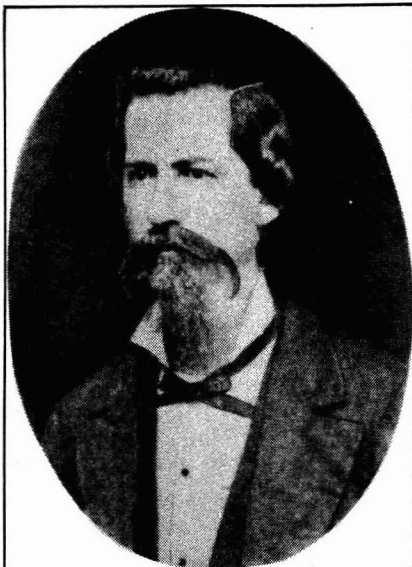
Al ingresar en la preparatoria, y amén de los tempranos escarceos con los libros de los clásicos positivistas herencia de su padre, Andrés Iduarte, ya un adolescente, se nutre de las lecturas de Emilio Rabasa y Francisco Bulnes y de las polémicas escolares en las que ejercita su pasión tabasqueña impecable. Dos hechos, entonces, templan decisivamente su carácter: la muerte del padre, que lo convierte en el único varón de la familia, y el encuentro con Manuel Mestre Ghigliazza, director de la Biblioteca Nacional, exgobernador maderista de Tabasco, quien le prestó gran cantidad de libros y le descubrió clásicos soterrados. Sobre todas las cosas, Mestre le hizo ver que compartían un mismo lenguaje, un mismo programa: la mezcla de tradición porfirista, de entusiasmo por las causas nobles, y de pasión tabasqueña.

A los dieciséis años, Andrés Iduarte pierde a un padre todavía joven y resiente la suspensión de los cursos en la Escuela Nacional Preparatoria. Allí, durante los motines de 1923, el joven tabasqueño ve por primera vez a una de las figuras culturales que marcarán el destino de su generación. “A paso rápido, sencillo de ropa, de ojos brillantes y ardientes, bigote descuidado y caprichoso y plática viva.” Esa fue la imagen primera, no exenta de una estimulante envidia como él mismo aceptó después, que Iduarte tuvo de José Vasconcelos.

“Oscuridad, desamparo, terrible pavor y comprensión vanidosa, tal es el resumen emocional de mi infancia.” Esta cifra de José Vasconcelos habla por un desasosiego muy semejante al de Andrés Iduarte, pero acentuado en este caso por el permanente peregrinaje que vio transcurrir la niñez del filósofo de *La raza cósmica*. “Cuando estábamos en Chiapas”, “cuando pasamos por México”, “Una vez en Oaxaca.” Las conversaciones hogareñas de los Vasconcelos materializaban ineludiblemente con frases como ésa, un referente geográfico. La biografía del hijo mayorazgo, por supuesto, es un gran libro de viajes.

Vasconcelos después de una conferencia, 1929





Manuel Foucher, abuelo de Iduarte



José Vasconcelos

Los miedos infantiles vasconcelistas, tal y como aparecen plasmados en *Ulises criollo*, resumen en grado considerable obsesiones filosóficas y conflictos morales. En Vasconcelos la incertidumbre central, que puede apreciarse sólo sesgadamente, era la sensación de no pertenecer a ningún lugar, el sentido de que las cosas, la tierra, eran extrañas, inasimilables. El gusto para sentirse mal en cualquier lado.

La vida consciente de Vasconcelos comenzó hasta los diez años de su edad. Una tarde, al estar comprando dulces, vio su rostro reflejado en una confitera. La opaca silueta dibujada en el cristal desató una serie de preguntas en la mente del niño. ¿Quién era? ¿Era suya esa cara, tan diferente a la de su madre? ¿Por qué la gran diferencia? ¿No hubiera bastado quedarse en el cuerpo materno y ver a través de sus ojos? Esta anécdota, filtrada por los devaneos literarios, indica uno de los tópicos reiterativos de las memorias de Vasconcelos: el examen de su propia personalidad.

Cuando el pequeño José, que vivía en Piedras Negras, es inscrito en una escuela al otro lado de la frontera, en Eagle Pass, Texas, el acecho sobre sí mismo se produce simultáneamente al reconocimiento de la diferencia. El esfuerzo por aprender una lengua extranjera, el deseo de demostrar por lo menos igualdad frente a los niños norteamericanos, iniciaron a Vasconcelos en el conocimiento de sus capacidades individuales y en la lucha competitiva. Ser discriminado, tener que demostrar a toda costa el valor personal y ser capaz de debatir y salir victorioso estando en desventaja fueron los trazos de esa temprana educación sentimental.

La biblioteca familiar constituyó un refugio inmejorable para aquel pequeño ego robusto. En Piedras Negras repasaba, aparte de una estimable cantidad de clásicos antiguos y obras católicas, libros extensos de historia nacional como *México a través de los siglos* y la geografía y los Atlas de García Cubas. Así pudo conocer Vasconcelos la distribución de los grupos humanos en nuestro país: al norte, el predominio criollo y euromestizo; los grandes asentamientos indígenas en el sur; los indomestizos en el centro.

Según el *Ulises criollo*, Vasconcelos tomó conciencia desde niño del desastre que significó nuestra historia independiente. Gracias a las cartografías, pudo captar visualmente las enormes pérdidas que habían ocasionado las particiones, las derrotas militares, las invasiones y los tratados territoriales. Ni el heroísmo broncóneo, ni las glorias de los grandes personajes históricos proporcionaban un asidero firme, una memoria convincente que defender.

Vasconcelos compuso sus memorias desde el egotismo. Recordando sus días en Piedras Negras, anota: "al consumir el recuento de libros leídos pensaba: 'Ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo'. Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual; pero de todas maneras, era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue. Antes que la lujuria conocí la soberbia. A los diez años ya me sentía sólo y único y llamado a guiar."

El origen social de Vasconcelos, modesto y limitado, no dejó de contribuir al desarrollo del sentido protagónico de su vida. La estabilidad económica de su familia durante las estancias en Piedras Negras, Durango y Campeche no le habían hecho ver extrañamente la diferencia que significaba la posesión de bienes materiales. Al llegar a la casa de sus abuelos en la capital, por Tacubaya, no alcanzó a percatarse del grado de estrechez de sus parientes. Durante sus cambios de residencia no frecuentaba casas de ricos.

Al llegar a México capital descubrió que gran parte de sus talentos eran vanidades pueblerinas. Esto no lo minimizó. Muy por el contrario, lo proveyó de ánimos para continuar la batalla contra sí mismo.

Vasconcelos vivió en Campeche en 1896 y pudo atestiguar el paulatino decrecimiento de la prosperidad del estado. Según sus memorias: "En las mansiones principales solían quedar únicamente los viejos. La gente joven emigraba en busca de quehacer lucrativo. Un puerto que tuvo astilleros famosos... dejaba pudrir los pilotes de las antiguas defensas... La casta criolla de lindo tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior que en callados grupos [aguardaban] el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos. Una que otra bella de fino linaje, rezagada de la emigración



colectiva, veía con ademán ausente y como si sólo se preocupase del novio estudiante que la sacaría de sus lares en ruina.”

Apuntada tangencialmente, la inquietud de Vasconcelos por el destino de la población criolla campechana es, ante todo, un rechazo a la posibilidad de que el desplazamiento social llevara a los indígenas a ocupar lugares privilegiados. Al escribir *Ulises criollo*, Vasconcelos trazó una línea definitiva entre él y el país que había comenzado a conocer en los mapas y los grabados de García Cubas: un México idólatra, semibárbaro, ladino.

Andrés Iduarte y José Vasconcelos vivieron infancias surcadas por vértigos muy similares. Iduarte conoció el bramido de la Revolución y sintió sus efectos en carne propia, sufriendo un exilio temporal de Tabasco y la pérdida de su hogar primigenio. El rechazo al orden que impusieron los generales triunfantes lo lanzó con mayor fuerza hacia un pasado en el que la honorabilidad, la justeza, la decencia eran requisitos vitales. Se adhirió en carne y espíritu al viejo régimen y sólo tardíamente abjuró de su fe porfirista. En él hay trazos de un antimodernismo, que sin ser radical, jamás consintió con la falsía y la corrupción de los gobiernos revolucionarios. Su crítica a la historia, vale decir, su juicio del fracaso de la Revolución lo hizo adoptar una moral mesiánica que lo emparenta directamente con Vasconcelos.

El *Ulises criollo* es un escritor político mesianista y antimoderno por igual. La idea de su liderazgo proviene precisamente de una concepción de la historia que descarta la posibilidad de la acción eficaz y consciente de las masas: la historia la hacen los héroes, los hombres grandes, los genios. En su preterismo —la añoranza de un México poderoso, legatario de la fuerza del Imperio Español y contrincante de los Estados Unidos— puede leerse una omisión de la parte indígena de nuestra historia. La aristocracia del espíritu, hispánico y heroico, despreciaba la idea de una sociedad moderna constituida democrática y pluralmente por diversos grupos étnicos y variadas fuerzas sociales.

Estos memorialistas de la niñez compartieron, con una diferencia de 25 años, la aventura de vivir la transición entre dos siglos, el cambio de las concepciones de la vida y la historia. Cada quien, a su manera, confirmó en sus escritos la famosa sentencia de que la infancia es la única patria recuperable. ◇

Ponencia leída durante las Segundas jornadas de literatura tabasqueña realizadas en febrero de 1990.